

# Apolo 301

Luis Enrique Ricaño



## Capítulo 1

Hace un año Ernesto perdió la mano izquierda en un accidente. Hace ocho meses se dejó cautivar por las lunas de octubre. Hace tres meses se aficionó a la ciencia y desde hace una semana había empezado a construir un artefacto con el que, estaba seguro, alcanzaría la órbita terrestre y escaparía de este infierno llamado Planeta Tierra.

Él era diestro y podía prescindir de la mano siniestra, así construía una suerte de nave espacial influenciado por los libros que con avidez leía en la biblioteca de su secundaria. No hace falta decir que no contaba con los medios necesarios para realizar la tarea de construir un artefacto de esa naturaleza, sin embargo sus ganas de salir y escapar, así como su inocencia, le hacían creer que con unas maderas, las llantas de su bicicleta y algunas ligas quirúrgicas que había tomado de los laboratorios de su escuela, podía poner en órbita su nave.

Se acercaban las vacaciones de verano y eso significaba para Ernesto no poder seguir instruyéndose en mecánica y materia espacial. Esa pausa de seis semanas se traducían en retraso, y Ernesto deseaba salir del planeta a mediados de julio. Inteligentemente buscó por internet bibliografía que le ayudara a sus fines y sin pensarlo le dio la lista a su padre de los libros que necesitaba para el veintitrés de junio, el día de su cumpleaños.

Las vacaciones fueron de enriquecimiento total; aprendió que de la Tierra a la Luna había una distancia de trescientos mil kilómetros. Supo lo que equivalía una Unidad Astronómica. Conoció el nombre de las Lunas de Júpiter y entendió que Plutón ya no era un planeta.

Su objetivo era la Luna, por lo menos sabía la distancia que lo separaba de ella. Hizo cálculos y concluyó que si lograba despegar a una velocidad de trescientos kilómetros por hora, en mil años llegaría a su destino, tiempo suficiente para tomarle fotos con su Smartphone a las estrellas y cometas, tiempo de sobra para subirlas a Facebook. Seguro la noticia se haría viral en cuestión de minutos y la NASA lo contactaría para que de favor recogiera la bandera de Estados Unidos y limpiara el desorden que habían dejado hace casi cincuenta años.

Llegó el mes de agosto y Ernesto se entrenaba para su viaje. Sabía que en el espacio no había oxígeno que respirar e invento un mecanismo simple; a un casco de motocicleta que encontró en la covacha de su casa, le añadió una liga quirúrgica y esta la conectó a una pelota de playa. Probó el mecanismo y funcionaba, sin embargo sabía que no iba a ser suficiente oxígeno para los mil años de viaje que le esperaban, sin más, cronometró el tiempo que aguantaba sin respirar, notó que llegaba casi a los dos minutos y dedujo que era factible llegar y aterrizar sobre territorio lunar

con su reserva de oxígeno.

Ya a mediados de agosto, el despegue de Ernesto se había retrasado un mes, y en la tarde del diecisiete de agosto le pidió a su padre que le ayudara a desmontar las llantas de su bicicleta para montarlas en el Apolo 301: su nave, decidió ponerle ese nombre en honor al número del edificio en el que vivía, ubicado en la calle Romero de Valle, su padre accedió y en una hora la Misión apolo 301 contaba con llantas. Pronto Ernesto notó que las ruedas de su bicicleta no eran suficientes ya que la nave se tambaleaba como una carretilla, así que pidió las llantas de la bicicleta de su hermana prestadas y las montó con ayuda de su padre. Eran pasadas las nueve de la noche y la hora de dormir había llegado. Esa noche Ernesto durmió con la cara hacia la ventana cautivado por lo cráteres de su musa Selene. Pronto correría por los valles lunares y alrededor de Clavius.

A la mañana siguiente despertó temprano y tomó el papel aluminio de la cocina, forró su nave y en una cartulina escribió: "Misión Apolo 301". Amarró las ligas a la nave, no sin antes realizar una prueba de despegue, la cual consistió en improvisar una resortera con las ligas quirúrgicas y una piedra; pronto vio qué al lanzar la piedra con la resortera, esta desaparecía en el cielo nublado de aquella mañana de agosto. Faltaba solo una cosa y esa era la comida; había leído que uno de los alimentos predilectos de las astronautas era la tortilla, fue a comprar tres kilos y los metió en la nave. La Misión Apolo 301 despegaría a las ocho de la noche en punto.

A las siete y media se improvisó una rampa para que la nave pudiera despegar satisfactoriamente. Al cuarto para las ocho Ernesto probó por última vez el chocomilk y las galletas.

— Torre de control aquí Ernesto Gallegos, ¿Me escuchan? ¿Me escuchan Torre de control?

— Fuerte y claro comandante gallegos.

— Permiso para despegar, las condiciones climáticas son satisfactorias.

— Permiso para despegar concedido.

Ernesto zafó las ligas que había atorado en uno de los castillos de su edificio, el Apolo 301 tomó una velocidad de casi mil kilómetros por hora, o por lo menos así lo sintió él. La rampa estaba cerca, Ernesto cerró los ojos y la nave logró sortear los cables de luz que colgaban de los postes. La misión Apolo 301 estaba por los aires. Por pocos segundos Ernesto estuvo

a poco menos de trescientos mil kilómetros de la Luna y a diecisiete pisos de la muerte.